

hará nada. He hablado con él y me ha parecido muy razonable.»

—La razón es su tema... pero no hay que fiar... Lo que es los tiros, crea usted que no se le escapan. Yo le calenté bien la cabeza... Toda aquella sabiduría que ahora tiene se la quité con las cosas que le dije... Se volvió loco otra vez, señora; le prometí quererle como él me quiso á mí, y crea usted que hice la promesa con voluntad.

—Me hace usted temblar (alarmándose). Vamos, el pecado ese es de lo más atroz que puede haber. Él, si los mata, peca menos que usted, por haberle mandado que lo hiciera acalorándole con promesas.

—Lo mismo me parece á mí, y por eso he estado con miedo toda la noche.

—Si usted reconoce que ha hecho mal, y le pide perdón á Dios de su mala intención y procura limpiarse de ella, Dios tendrá piedad de la pecadora.

—Es que... verá usted... estoy arrepentida por mitad. ¡Matarle á él! ¿Sabe usted que me da lástima? No, no; que no le mate... Pero lo que es á esa bribona, tramposa, embustera... ¿Pues no tiene la poca vergüenza de creer que tendrá hijos?... ¡Hijos ella!... Dígame usted: ¿qué se pierde con que se vaya para el otro mundo un trasto semejante?

Esto lo decía con tanta naturalidad, que Guillermina, por un instante, no supo si indignarse

ó tomarlo á risa. «Vaya, que las ideas de usted me gustan... Se me figura que marido y mujer allá se van... en sabiduría. Si usted no se desdice al momento de todos esos disparates, me voy y no vuelve á verme en su vida más. No se puede tolerar esto...»

—¿De modo que á esa tía *monstrua* no se le da un castigo?... Eso sí que está bueno. Y seguirá riéndose de nosotras... No lo entiendo.

—Dios es el que castiga; nosotros aprendemos. Ambas callaron, mirándose.

—Tengo que traerle á usted un confesor. Usted no está buena ni del cuerpo ni del alma. Pues digo, si lo que Dios no quiera, sobreviene la muerte á la hora menos pensada y la coge así, le cayó la lotería.

—Si me muero, me llevo á mi hijo conmigo —dijo la diabla, volviéndole á coger y estrechándole contra sí.

—Otra barbaridad. Hoy estamos de vena.

—¿Pues no es mío? ¿No le he dado yo la vida? (con febril impaciencia y ardor).

—¡Cómo!... ¿Darle vida usted? Hija, no tiene usted pocas pretensiones. También quiere ponerse en competencia con el Creador del mundo y de todas las cosas... Vamos, lo mejor es que me eche á reír... En fin, estamos aquí cómo dos tontas, y hay que poner las cosas en su lugar. Tiene usted que llamar á su marido y decirle que para quererle como Dios manda, es preciso que

no mate á nadie, absolutamente á nadie. ¿Lo hará usted?

—Si usted me lo manda, sí... ¡Ay!, yo creí que matar al que nos engaña, al que nos vende, no es pecado... vamos, que no era pecado muy gordo, muy gordo. Anoche me trastorné, lo conozco; se me subió la hiel á la cabeza. ¡Le tengo tanta rabia á esa!... Digo yo que se puede tener rabia á otra persona, desear que la maten, y sin embargo, no ser una mala.

Incorporóse para expresar con mímica más persuasiva un argumento que se le había ocurrido y que creía de gran fuerza: «Vamos á ver, señora: ¿A que la dejo callada ahora? ¿A que, sabiendo usted tanto como sabe, no me devuelve ésta?»

—¿Qué?

—Esta razón. Vamos á ver. La señorita Jacinta es, como quien dice, un ángel... Todos la llaman así... Bueno; pues con todo su mérito y su *santificación*, ¿no se alegraría ella de que me quitaran á mí de en medio?

Se volvió á reclinar en las almohadas, satisfecha, esperando la respuesta, con la seguridad de que la santa no tenía más remedio que mentir para no darle la razón.

—¿Qué está usted diciendo?—replicó Guillermina indignada.—¡Jacinta desear que maten á nadiel... ¡Ó usted es tonta ó ha perdido el juicio!

—Vamos... Pues bueno, diré otra cosa (reti-

rándose á la segunda paralela después de rechazada en la primera). ¿No se alegrará la señorita de que yo me muera?...

—¿Alegrarse... de que usted se muera... de que se la lleve Dios?... (titubeando). Tampoco... tampoco... Jacinta no desea el mal del prójimo, y sabe que debemos amar á nuestros enemigos y hacer bien á los que nos aborrecen.

Con un *ju ju* melancólico expresaba Fortunata su incredulidad.

—¡Ay! ¿No lo cree?...

—¡Que me desea bien á mí! *Tie gracia*.

—Jacinta no sabe tener rencor... ni se acuerda de usted para nada...

—Pero de eso á que me mire con buenos ojos...

—Pues no faltaba más sino que la quisiera á usted como me quiere á mí... Por cierto que ha hecho la niña merecimientos para ello. Con que la perdone, debe darse por satisfecha...

—¿Y me perdona de verdad?... ¿Pero es de verdad?

—¿Pues qué duda tiene? Usted, como no sabe lo que es fe, ni temor de Dios, ni nada, no comprende esto.

—¿Y podría ser mi amiga?...

—Hija, tanto como amiga... Eso ya es un poco fuerte (no pudiendo contener la risa). Vamos, que no pide usted poco... Ahora quiere que después de lo que ha pasado partan un piñón...

—¡Amigas!...—repitió la diabla frunciendo las cejas.—Por más que usted diga, no me puede ver, mayormente ahora que he tenido un hijo y ella no... Y lo que es ahora, ya no lo tiene, está visto... Que no le dé vueltas.

Como Ballester se acercara á la puerta de la alcoba cuando oía reír á la santa, ésta le dijo: «Entre usted si quiere divertirse, pues esto es una comedia. Su amiga de usted está por conquistar. ¡Qué ideas tiene! Por cierto que yo le voy á traer al padre Nones. Tenemos que darle una limpia buena. En fin, me retiro, que con estas tonterías se me va la mañana.»

Se levantó, y Fortunata le tiró del vestido para hacerla sentar otra vez. «Una duda me queda, señora. Sáqueme de ella.»

—Veamos esa duda... otro despropósito. ¡Ay, qué cabeza!

—Siéntese usted un momento, que le voy á hacer otra pregunta. Dígame (bajando la voz): ¿Jacinta faltó ó no faltó con aquel caballero?

—¡Ave María Purísima!... ¿Con qué caballero?

—Con aquel que se murió de repente...

—Cállese, cállese, ó le pego...

—No, si yo no lo creo ya. Lo creía; pero como fué la indecente de Aurora quien me lo dijo, ya dejé de creerlo... sólo que tenía un poquito de duda.

—¿Esa...? (con soberano desprecio). ¡Y se atrevía á decir...!

—Si es lo más mala... Usted no puede figurarse lo mala que es (con la mayor buena fe). Aquí donde usted me ve, yo, al lado de ella, soy un ángel.

—Lo creo (sonriendo). No nos ocupemos de esas miserias... ¡Jacinta faltar! Estas pecadoras empedernidas creen que todas son como ellas...

—No, si yo no lo creo, señora; si no lo creí (muy apurada). Ella fué la que lo dijo y lo creía... ¿Sabe una cosa? (Atrayéndola á sí y hablándole en secreto.) Créame esto que le voy á decir... Uno de los motivos por que le pegué fué el haber dicho eso, el haberme encajado la bola de que Jacinta era como nosotras... Y dígame: ¿no merecía el morrazo que le dí con la llave por afrentar á nuestra amiguita?... ¿No lo merecía? Claro que sí...

Guillermina estaba confusa; no sabía si aprobar ó desaprobar...

—Quedamos en una cosa—dijo levantándose:—mañana vendrá el padre Nones para usted, y para este ternero un ama asturiana, que según dice Estupiñá...

—Ama, no... ¿Para qué? Si puedo... ¿No ha visto lo satisfecho que está el rey de la casa? ¿No es verdad, rico, que para nada te hacen falta amas? Su mamá, su mamá le da al niño todo lo que quiere.

—El señor de Quevedo sabe más que usted... Aquí no se hace más que lo que yo mando—

declaró la santa con aquel ademán y tono autoritarios á los cuales nadie se podía oponer.—Si de aquí á mañana Quevedo no varía de opinión, vendrá la nodriza. Usted se calla y obedece... Yo pago y dispongo. Conque á cuidarse, y ya hablaremos. El *excelentísimo* señor de Ballester queda encargado de la ejecución del presente decreto.

XII

Por la tarde llegó doña Lupe muy alarmada buscando á Maximiliano, á quien suponía allí. No pasó de la sala, ni quiso ver á Fortunata, de quien dijo que la compadecía, pero que no podía tener ninguna clase de relaciones con ella. En la sala cuchicheó *la ministra* con Segismundo, contándole lo ocurrido. Pues ahí era nada: Maximiliano había comprado un revólver... ¿Pero quién diablos le dió el dinero? Descubriólo la señora por una casualidad... Le dió el olor al verle entrar con un bulto entre papeles. Lo peor del caso fué que no pudo quitárselo. Salió escapado de la casa, y al poco rato los del herrero del bajo vinieron diciendo que le habían visto en la Ronda, pegando tiros contra la tapia de la Fábrica del Gas, como para ejercitarse... ¡Ay!, *la de los Pavos* estaba aterrada. Toda aquella sabiduría lógica que el pobre chico tenía en la cabeza, se le había convertido en

humo, sin duda. Y lo peor era que no había ido á almorzar, ni se sabía su paradero... «Tenemos que dar parte á la policía para evitar que haga cualquier barbaridad. Yo pensé que habría venido aquí, y corrí desalada... ¿Dónde demonios estará? Ballester, por Dios, averígüelo usted y sáqueme de este conflicto. Usted es la única persona que le domina cuando se pone así... Salga á ver si le encuentra; yo se lo ruego.» A esto replicó el buen farmacéutico que no podía repicar y andar en la procesión. Fué la de Jáuregui desconsoladísima, con intento de ver al señor de Torquemada, faro luminoso que le marcaba el puerto en todas las borrascas de la vida.

Fortunata había oído la voz de doña Lupe, y cuando ésta se retiró, quiso que Ballester le explicase qué traía por allí.

—Pues nada, que *la ministra* esa quiere meter aquí las narices, y ver á usted, y hablarle y decirle cosas que sin duda la marearán.

—¡Ah!, que no entre... no la puedo ver. Creo que me pondré mala si la veo. Y de mi marido, ¿qué dijo?

—No le nombró.

—Pues tampoco á Maxi le quiero ver... No sabe usted lo mal que me sienta verle y hablar con él... Me trastorna. No les deje usted pasar. Que se vayan á los infiernos. ¡Estoy tan tranquila aquí solita con mi hijo y los amigos que

me protegen!... ¡Que no vengan, por Dios! ¿Usted me promete que no vendrán?

Lo pedía con terror suplicante. Ballester, deshaciéndose en demostraciones de caballerosidad protectora y de fraternal hidalguía, le dijo que los Rubín, grandes y chicos, así los de carne y hueso como los que tenían pechos de algodón, no entrarían en aquella alcoba sino pasando sobre su cadáver.

Toda aquella tarde estuvo la joven con la idea fija de lo antipáticos que eran los Rubín, y de lo que ella haría para no recibirlos si á verla iban. El buen Segismundo se esforzaba en tranquilizarla sobre este particular, y habiendo observado que el recuerdo de otras personas excitaba y encendía su ánimo favorablemente, le habló de doña Guillermina y de su hermosa vida. «¿Sabe lo que me dijo al salir? Pues que si se le ofrece á usted algo no estando yo aquí, avise á D. Plácido, al cual se ha encargado que se ponga á las órdenes de usted si lo necesitara.»

—Claro—dijo Fortunata, rebotando de orgullo inocente;—como que Plácido es todo *de la casa*, y desde chiquito no hace más que llevar recados de los señores y servirles en mil menudencias. Es un buen hombre, y yo le quiero mucho... Y á doña Bárbara, ¿la conoce usted? Yo tampoco... Pero cuando Jacinta y yo seamos amigas, también lo seré de doña Bárbara... Francamente, estoy admirada del cariño que le

tengo ahora á *la mona del Cielo*, cuando en otro tiempo, sólo de pensar en ella me ponía mala. Verdad que no acababa de aborrecerla; quiere decirse, que la aborrecía y me gustaba... Cosa rara, ¿verdad? Ahora seremos amigas; crea usted que seremos amigas... ¿Lo duda usted?

—¿Cómo he de dudar eso, criatura?

—Es que usted parece como que se sonríe un poquitín cuando me lo oye decir.

—Está usted viendo visiones. Bueno va...

—Pues aunque usted se guasee, seremos amigas... y nadie tendrá que decir de mí ni esto, para que usted lo sepa... Porque voy á portarme... ¡Cristo, cómo me voy á portar ahora! Mi hijo, mi hijo, y nada más... Vaya, ¿me sostendrá usted que no se sonríe ahora?

—Sí, pero es de satisfacción por verla á usted tan regenerada... ¡Quién le tose á usted ahora, hallándose en relaciones con personas de la corte celestial!...

—Y nada más... ¿Pues qué se creía usted?

Se sofocaba tanto, que el farmacéutico creyó prudente llevar la conversación á un terreno insignificante; pero Fortunata se las componía para volver á lo mismo: á que ella y la *Delfina* iban á ser uña y carne, y á que su conducta en lo sucesivo había de ser como de quien está en escuela de serafines. «Aquí donde usted me ve, amigo Ballester, yo también puedo ser ángel poniéndome á ello. Todo está en ponerse... Y

es cosa muy sencilla. Al menos á mí me parece que no me ha de costar ningún trabajo. Lo siento yo aquí *entre mí.*»

—Depende también de las personas con quien uno se junta—le dijo su amigo muy serio.—Hablemos ahora de otra cosa. De ciertos atrevimientos que yo tenía y tengo respecto á usted, no quiero decirle nada, porque se nos va á hacer santa... Aunque todo podía conciliarse, me parece á mí, ser santa y querer á este hijo de Dios... Pero en fin, vuelvo la hoja. ¿Sabe usted que si me descuido pierdo mi colocación en la botica de Samaniego? Si doña Casta sabe que estas ausencias mías son para venir á visitar á la que le tomó las medidas á su niña, al instante me limpia el comedero. Por eso no puedo tirar mucho de la cuerda, y esta noche no vendré. Tengo que quedarme de guardia. Yo rompería con todo, si no fuera porque me será difícil encontrar colocación inmediatamente, y crea usted que un período de vacaciones me balda... Por mí no me importaría; pero á mi madre y á mi hermana no quiero hacerlas ayunar. El pobre *pensador*, mi ilustre cuñado, está mal de intereses, y si yo no tiro del carro, los ayes y lamentos pidiendo pan se han de oír en Algeciras.

—Pero no sea usted tonto—dijo Fortunata con aquel arranque de generosidad que en ella era tan común.—Yo tengo *guita*. Si quiere mandar á paseo á *las Samaniegas*, mándelas. Que se

fastidien, que se arruinen, que coman piedras... Yo le doy á usted lo que necesite para su madre y para el *pensador*, hasta que encuentre otra botica... Tenga confianza conmigo... Ó *semos* ó no *semos*.

Ballester era tan delicado, que de sólo oír tal proposición, le salieron los colores á la cara, y se excusó con expresiones de gratitud. Poco después de anochecer se retiró, dando las órdenes más rigurosas á los hermanos Izquierdo con respecto á visitas. Si algún Rubín, fuese quien fuese, se presentaba, no abrir. Dejó sobre la mesa de la sala un arsenal de medicamentos, y á Fortunata le recomendó la quietud, y que *diese con la puerta del cerebro en los hocicos* á toda idea triste que se presentara.

Izquierdo se plantó de centinela en la sala, acompañado de una grande de cerveza; y por si la grande no era bastante para pasar la noche, llevó también una chica de añadidura. Segunda regresó á las diez, después de la horita de tertulia que solía pasar en el puesto de carne, y viéndolo á su sobrina muy despabilada, le dió un poco de palique: «¿Sabes á quién he visto? A la tía esa, *la de los Pavos*. Fué á buscarme al cajón, muy ofendida porque el señor Ballester no la dejó entrar á verte. Anda á caza del sobrino, que se les escapó esta mañana y todavía no ha parecido. ¿Sabes lo que me dijo? Te lo cuento para que te rías. Dice que *las Samaniegas* están tri-

nando contigo, y que la viejona aquella, doña Casta, no parará hasta no verte en el *modelo*. ¡Qué comedia! Ríete, que eso es envidia. Pues verás. La tía esa indecente, *la Fenelona*, francesa, más mala que el no comer, dice que este hijo que tienes no es hijo de quien es, sino de D. Segismundo. Tú ríete, tonta, que eso no es más que envidia.»

La prójima no chistó; pero bien se conocía que aquellas palabras habían hecho en su espíritu un efecto desastroso. Cuando se quedó sola, no le fué posible contener los impulsos de levantarse. La rabia surgió terrible en su alma, y sin reparar en lo que hacía, incorporóse en el lecho, alargando las manos á la percha para coger su ropa... «Ahora mismo, ahora mismo voy, y con esta zapatilla le aporreo la cara hasta chafarle la nariz... trasto, indecente. ¡Decir eso!... ¡una mentira tan grande! ¡Pero qué hora es? ¡Si están dando las doce! Sea la hora que quiera, saltaré, no me puedo contener... Voy, entro en la casa, la saco á rastras de la cama, me paseo por encima de su alma... ¡Decir eso, decir eso!... sin creerlo, porque ella no lo cree. ¡Lo dice por deshonrarme! Antes calumnió á Jacinta, y ahora me calumnia á mí.»

Se sentó en la cama, entreviendo, á pesar de lo ofuscado que su espíritu estaba, las dificultades de la empresa. «Si lo dejo para mañana, ya no iré, porque me lo quitarán de la cabeza... Y

yo le he de refregar la jeta con la suela de mis botas. Si no lo hago, Dios mío, me va á ser imposible ser ángel, y no podré tener santidad. Como no haga esto, tendré que volver á ser mala; lo conozco en mí.»

Y tan pronto se ponía una pieza de ropa como se la quitaba, con vacilación horrible, fluctuando entre los ímpetus formidables de su deseo y el sentimiento de la imposibilidad. Por fin se vistió, y saliendo á la sala, vió á su tío dormido, de bruces sobre la mesa, junto á la luz, la botella grande á su lado, medio vacía. «Podría salir sin que me sintiera nadie... Y si despertara á mi tío y le dijera que viniese conmigo...» La idea de asociar á *Platón* á su temeraria empresa, hízole ver la realidad y lo disparatado de aquella idea. «Pues lo que es mañana temprano—se dijo volviendo á la alcoba,—mañana tempranito, antes de que salga para el obrador, voy y la acogoto...»

Al mirar á su hijo, la llama de su ira se avivó más. «¡Decir que no es hijo de su padre!... ¡Qué infamia! La despedazaría sin compasión ninguna. ¡Inocente! ¡tan chiquitito y ya le quieren deshonorar! Pero no le deshonorarán, no, porque aquí está su madre para defenderle; y al que me diga que éste no es el *hijo de la casa*, le saco los ojos. *Él* no puede haberlo dicho... A mí me la soltó, pero fué así como en broma. *Él* no puede haberlo dicho, y si yo supiera que lo ha-

bia dicho, juro por esta cruz (haciéndola con los dedos y besándola), por esta cruz en que te mataron, Cristo mío, juro que le he de aborrecer... pero aborrecerle de cuajo, no de mentirijillas... ¡Ay, Dios mío! (echándose en la cama, acongojadísima); si le dicen esta mentira tan gorda á Guillermina y á Jacinta, ¿la creerán?... Puede que sí... Todo lo malo se cree, y lo malo que de mí se diga, se cree más... Pero no; puede que no lo crean... Es muy atroz el embuste. Esto no lo puede creer nadie, no puede ser, no puede ser; y primero creerán que el mundo se vuelve del revés, y que el día se hace noche, y el sol luna, y el agua fuego. Y si alguien lo creyera, él lo desmentiría; estoy segura de que lo desmentiría. Yo no he faltado, yo no he faltado (alzando la voz), y quien diga que yo he faltado, miente, y merece que se le arranque la lengua con unas tenazas de hierro echando fuego. Quieren que yo me pierda; pero por más que hagan esos perros, no me quitarán, Dios mío, que yo sea tan ángel como otra cualquiera. Que rabien, que rabien, porque lo seré, lo seré.»

Estaba inquietísima, dando vueltas en la cama. El hijito pidió y tomó el pecho; pero no debía de encontrar muy abundante el repuesto, cuando á cada instante apartaba su boca chillando desesperadamente. A sus gritos de necesidad y desconsuelo uníanse los de su madre, que decía: «Hijo de mi alma... qué, ¿no hay?...

Esa, esa bruja ratera tiene la culpa; ella te lo ha quitado. Ya verás cómo la arregla tu mamá... Pobretín, tan chiquitito y ya le quieren deshonorar... Y mi niño es el rey de España, y nada tiene que ver con Ballester, que es su amiguito y nada más... Y mi niño es de quien es, y no hay otro en *la casa*, ni le habrá, ¿verdad?... ¿verdad, gloria, cielo, alegría del mundo?»

XIII

Todo esto era muy bonito y muy tierno; pero la leche no parecía, por lo cual Juan Evaristo no se daba por satisfecho con aquellas expresiones de tan poco valor en la práctica. Los alaridos que la madre y el hijo daban, cada uno en su registro, no despertaron á José Izquierdo, pues éste era hombre que en cogiendo la mona no le enderezaba un cañón; pero si sacaron de su letargo á Segunda, que fué á ver lo que ocurría, y hallando á su sobrina medio vestida, se puso hecha una furia y por poco la pega. «Mira que te estrella, si das en hacer funciones de comedia —le dijo con aquellas formas exquisitas que usaba.—¿Pero no ves, burra, no ves que se te ha retirado la leche, y el pobrecito no tiene qué mamar?»

Por fortuna, entre las cosas que dejó Ballester en previsión de todos los contratiempos posibles,

había un biberón muy majo. Segunda, con determinación rápida, lo llenó de leche (de la cual tenía por casualidad un par de copas), y probó á dárselo al chico. Éste, al principio, extrañaba la dureza y frialdad de aquel pezón que en su boquita le metían. Hizo algunos ascos; pero al fin pudo más el hambre que los remilgos, y apencó con la teta artificial. «Mira, mira qué pronto se hace á todo el angelito. ¡Si es lo más noble!... Rico... ¡qué carpanta estábamos pasando!» La madre le miraba con desconsuelo, aunque contenta de que se hubiera encontrado forma y manera de vencer la dificultad. «¿Sabes una cosa? —le dijo su tía, poniéndole la mano en la cara. —Tienes calentura... Eso es por ponerte á pensar lo que no debes. ¡Si hicieras caso de mí, ahora que vas á ser la reina del mundo!... Porque lo que es tu tanto mensual te lo tienen que dar. De eso hablamos *la de los Pavos* y yo... ¡Vaya, pues no vas tú á ser ahora poco señora!... Chica, chica, no te hagas de miel; levanta tu cabeza. ¡Aírel!... ¿Pues no ves que las señoras esas te hacen la rueda? Como que serás una potentada; y yo que tú, no paraba hasta que la Jacinta viniera á besarme la zapatilla. Pues qué... ¿crees que él no ha de venir también? Ya le llamará la sangre; y en cuanto que vea á este retrato suyo, se le caerá la baba... Y... chica, créemelo: hasta coche vamos á tener... ¡Qué comedia! ¡Cuando digo que estaremos en grande! Vendrá, vendrá

él, y te aseguro que si tarda cuatro días, es mucho tardar. ¿No ves que esa familia no tiene un nene que la alegre?... ¡Si se están todos muriendo de ganas de chiquillo!... Tú trabájalo bien, que nos ha venido Dios á ver con este hijo de nuestras entrañas... Yo estoy muy orgullosa, porque él, Santa Cruz es como hay Dios; pero su poco de Izquierdo no se lo quita nadie: las dos familias están de enhorabuena... Ya he empezado yo á sacudirme las pulgas, y esta tarde le eché su puntadita á Plácido para que nos diera la casa gratis... ¿Qué te crees?... Si están los Santa Cruz con tu hijo como chiquillos con zapatos nuevos... Te diré una cosa que no sabes: Ayer estuvo la Jacinta en casa de D. Plácido... Quería subir á verle; pero esa otra, la santona, le dijo que otro día, por si tú te remontabas... Conque vete enterando... ¡Ah! ¡Quién me lo había de decir!... Todavía me he de ver yo cogida al brazo de don Baldomero, dando vueltas en la Castellana... ¡Y poco charol que me voy á dar!... Si es una comedia... Tú date tono, no seas boba... que si sabemos aprovecharnos, de esta hecha vamos para marquesas.»

Fortunata, desde que su tía empezó á hablar, lloraba á lágrima suelta; pero al oír lo de que iban á ser marquesas, una ráfaga de jovialidad pasó por encima de la onda de tristeza, y la joven se echó á reír con la cara anegada en llanto.

«No, no te rías; tanto como marquesas no, ni

para qué queremos nosotras ser *tímulas*; pero lo que es nuestro coche no nos lo quita nadie... Yo te aseguro que si hoy viene la Jacinta, tiene que subir... Verás qué prontito viene el otro... Claro, cuando no esté aquí su mujer... Me *paice* á mí que su mujer, de esta hecha, se tendrá que ir á plantar cebollino. Tú, tú eres la que va á subir al trono ahora, ó no hay equidad en la tierra... Y no digan que eres casada y que tu hijo se tiene que llamar Rubín... ¡Qué comedia! Tú eres mayormente viuda y libre, porque á tu marido cuéntale como que está en gloria... Y bien saben todos que á la vuelta lo venden tinto, y el chico en la cara trae la casta, y lo que es la pensión verás cómo te la dan.»

Fortunata no se rió más, ni Segunda dijo nada que excitase su hilaridad. Hasta la madrugada estuvo la tía acompañándola, y viéndola relativamente sosegada, se fué á descabezar un sueño antes de bajar al mercado. A poco de quedarse sola, la joven sintió dentro de sí una cosa extraña. Se le nublaron los ojos, y se le desprendía algo en su interior, como cuando vino al mundo Juan Evaristo; sólo que era sin dolor ninguno. No pudo apreciar bien aquel fenómeno, porque se quedó desvanecida. Al volver en sí advirtió que era ya día claro, y oyó el piar de los pajarillos que tenían su cuartel general en los árboles de la Plaza Mayor y en las crines de bronce del caballo de Felipe III. Fué

á coger á su hijo en brazos, y apenas podía con él. Le faltaban las fuerzas; ¡pero de qué manera! Y hasta la vista parecía amenguársele y pervertirsele, porque veía los objetos desfigurados y se equivocaba á cada momento, creyendo ver lo que no existía. Se asustó mucho y llamó, pero nadie vino en su auxilio. Después de llamar como unas tres veces, fué á llamar la cuarta, y... aquello sí era grave: no tenía voz, no le sonaba la voz; se le quedaba la intención de la palabra en la garganta sin poderla pronunciar. Dió algunos toques con los nudillos en el tabique, pero al fin su mano se quedó como si fuera de algodón; daba golpes con ella, y los golpes no sonaban. También podía ser que sonaran y ella no los oyera. Pero ¿cómo no los oía Segunda, que estaba al otro lado del tabique? Luego el brazo se puso también como carne muerta, resistiéndose á moverse. «¿Será que me estoy muriendo?» pensó la joven echando miradas á su interior. Pero poco pudo ver allí, por estar el interior á obscuras ó fantásticamente iluminado. Todas sus ideas sufrieron trastornos más ó menos febriles; las imágenes se disfrazaron cual si fuesen á las máscaras, tomando cara y apariencia de lo que no eran, y la única sensación dominante con alguna claridad en aquel desorden fué la de estar inmóvil y rígida, con los movimientos involuntarios suspendidos y los voluntarios desobedientes al deseo. A su pa-

recer no respiraba; el oído y la vista daban de rato en rato alguna impresión fugaz de la vida exterior; pero estas impresiones eran como algo que pasaba, siempre de izquierda á derecha. Creyó ver á Segunda y oirla hablar con Encarnación; pero hablaban á la carrera, como seres endemoniados, pasando y perdiéndose en un término vago que caía hacia la mano derecha. El piar de pájaros también se precipitaba en aquel sombrío confin, y los chillidos con que Juan Evaristo pedía su biberón.

Pasado cierto tiempo, indeterminado para ella, recobró sus sentidos y pudo moverse, apreciando fácilmente la realidad. «¿Quién eres tú? —preguntó á Encarnación, única persona que estaba á su lado.—¡Ah!, ya te conozco... ¡Qué tonta soy! ¿No está mi tia?» Dijole la chiquilla que la señá Segunda había bajado al mercado, y que subió con la leche para el niño y después se volvió á marchar. Sacó Fortunata de aquel desvanecimiento una convicción, que se afianzaba en su alma como las ideas primarias: la convicción de que se iba á morir aquella mañana. Sentía la herida allá dentro, sin saber dónde; herida ó descomposición irremediables, que la conciencia fisiológica revelaba con diagnóstico infalible, semejante á inspiración ó numen profético. La cabeza se le había serenado; la respiración era fácil, aunque corta; la debilidad crecía atrozmente en las extremidades.

Pero mientras la personalidad física se extinguía, la moral, concentrándose en una sola idea, se determinaba con desusado vigor y fortaleza. En aquella idea vaciaba como en un molde todo lo bueno que ella podía pensar y sentir; en aquella idea estampaba con sencilla fórmula el perfil más hermoso y quizás menos humano de su carácter, para dejar tras sí una impresión clara y enérgica de él. «Si me descuido—pensó con gran ansiedad,—me cogerá la muerte, y no podré hacer esto... ¡Qué gran ideal!... Ocurrirme tal cosa, es señal de que voy á ir derecha al cielo... Pronto, pronto, que la vida se me va...» Llamando á Encarnación, le dijo: «Chiquilla, vete corriendito al cuarto de abajo y le dices á D. Plácido que le necesito... ¿entiendes? Que le necesito, que suba... Anda, no te detengas. Ya debe de estar ahí, de vuelta de la iglesia, tomándose su chocolate... Anda prontito, hija, y te lo agradeceré mucho.»

En el tiempo que estuvo fuera Encarnación la diabla no hizo más que dar á su hijo muchos besos, diciéndole mil ternezas. El chico estaba despierto, y callado la miraba, y aunque nada decía, á ella se le figuró que hablaba... «Estarás tan ricamente... hijo mío. No te querrán tanto como yo, pero sí un poquito menos... Me estoy muriendo... qué sé yo qué tengo... La medicina esa... yo la tomaría... ¿dónde está?... ¡Encarnación!... Pero si ha ido abajo... Parece que

me voy en sangre... Hijo mío, Dios me quiere separar de ti, y ello será por tu bien... Me muero; la vida se me corre fuera, como el río que va á la mar. Viva estoy todavía por causa de esta bendita idea que tengo... ¡Ah!, qué idea tan preciosa... Con ella no necesito Sacramentos; claro, como que me lo han dicho de arriba. Siento yo aquí en mi corazón la voz del ángel que me lo dice. Tuve esta idea cuando estaba aquí sin habla, y al despertar me agarré á ella... Es la llave de la puerta del cielo... Hijo mío, estate calladito y no chistes, que si tu mamá se va es porque Dios se lo manda... ¡Ah!, don Plácido, ¿está usted ahí?...»

—Sí, señora—dijo el hablador entrando en la alcoba con los ademanes más officiosos del mundo.—¿Qué se le ofrece á usted? La señora me ha encargado...

—Amigo, hágame el favor de traer pluma y papel... Espere; deme la medicina... esos polvos amarillos... ¿cuáles? no sé... Pero deje, deje, que me tiene que escribir una carta.

—¡Una carta!... Pero antes... (revolviendo en la mesa de noche). ¿Qué medicamento quiere?

—Ninguno. Ya ¿para qué?... Andese pronto, que me voy... que me muero.

—¡Que se muere! Vamos... no bromea usted.

—Don Plácido, si no me sirve para esto, llamaré á otra persona. Si pudiera esperar á Ballester; pero no, no me da tiempo...

—No, hija, no hay que apurarse. Voy por el tintero.—Y no tardó cinco minutos en volver, y al entrar de nuevo en la alcoba vió que Fortunata se había incorporado en su cama con el chiquillo en brazos, y que después, entre ella y Encarnación, le ponían bien abrigadito en su cuna de mimbres, la cual venía á ser como un canasto. Le pusieron entre las manos su biberón para que no alborotase, y cubriéronle con un pañuelo finísimo de seda. Estupiñá no entendía una palabra, ni veía la relación que la pluma y papel pudieran tener con lo que veía. «D. Plácido—dijo Fortunata con mucha animación,—hágame el favor de escribir... Aquí no hay mesa. Chiquilla, tráele el tablero de las damas. Déjate de medicinas... ¿Para qué ya?... Vaya, D. Plácido, prepárese; verá qué golpe... Se me ocurrió una idea hace poco, cuando estaba sin habla, al punto que me entraba también la idea de mi muerte... Ponga ahí lo que yo le diga: «Señora doña Jacinta. Yo...»

—Yo...—repitió Plácido.

—No; hay que empezar de otra manera... No se me ocurre. ¡Qué torpe soy! ¡Ah!, sí, ponga usted: «Como el Señor se ha servido llevarme con Él, y ahora se me alcanza lo mala que he sido...» ¿Qué tal? ¿Va bien así?

—«Lo mala que he sido...»

—En fin, siga usted poniendo lo que le digo... «No quiero morir sin hacerle á usted una